

EL ENGAÑO

Había comenzado a llover. El techo de la abandonada catedral del dios Yddur, derruido en su mayor parte, ofrecía poco abrigo. Damaréda odiaba la lluvia y odiaba el frío. Pero odiaba aún más a Igasáda, su jefe, por haberle hecho salir a él y sus hombres de su cálido escondrijo en una noche como aquella. Sin embargo, su carácter práctico le decía que con un tiempo tan desapacible, lo más probable era que la guardia de la ciudad fuera mucho menos diligente en su ronda; podrían ahorrarse las monedas del soborno y gastarlas más tarde para entrar en calor. Algo era algo.

A su lado, un hombre enjuto de aspecto adusto comprobaba sus armas con meticulosidad. Refunfuñaba por lo bajo, mientras envainaba sus puñales con sumo cuidado y delicadeza, escondiéndolos por todo su cuerpo. Damaréda no había conocido nunca a otro hombre tan silencioso y concienzudo como Sorol de Taurgál. Compensaba de sobra su falta de conversación con su eficacia. Pocos, muy pocos de los que se habían enfrentado a él respiraban aún; y los que seguían haciéndolo se alejaban rápidamente en cuanto le veían. Su amistad había nacido años atrás, del modo extraño y casi inevitable con el que surgen la mayoría de ellas: bebida, aficiones y proyectos comunes, necesidad de dinero y de tener la espalda cubierta... Era difícil confiar en alguien en la vieja ciudad de Eglarién en aquellos tiempos. No tardaron en darse cuenta de que su vida sería mucho mejor si formaban equipo, y no lo dudaron. Su compenetración había llegado hasta el punto en que las palabras no eran necesarias; un gesto les bastaba para saber lo que el otro estaba pensando. Damaréda sólo tuvo que escuchar sus murmullos para comprender que a Sorol aquello le gustaba tan poco como a él. También odiaba la lluvia y el frío.

Frente a ellos, apoyada sobre unos cascotes de piedra ensuciada por años de abandono, estaba Siraynn, la mithanna, acariciándose el pelo. Una mujer arrogante y manipuladora con los que no la tratasen con el debido respeto. Tenía un atractivo animal que muy pocos hombres eran capaces de ignorar, y ella se valía de eso para conseguir lo que quería. Por si eso fuera poco, era una hábil practicante de las Vías Mentales a la hora de manipular la mente de los demás. Aunque no lo suficiente: uno de los mentalistas de la casa mercantil de Tegaldéra, descubrió que Siraynn estaba utilizando sus trucos mentales para engañar al más joven y alocado miembro de tan noble familia, convenciéndolo para que le diera dinero y le comprara una casa en uno de los barrios más selectos de la ciudad. La castigó de un modo brutal, y dada por muerta fue arrojada en un callejón oscuro. Allí habría expirado verdaderamente si no la hubiese encontrado Gagoruza, el Ylmary. Damaréda era incapaz de encontrar explicación al extraño comportamiento del corpulento ylmary: muy pocos de los habitantes nativos de Eglarién habrían hecho lo que él hizo. De hecho, Damaréda prefería no pensar en lo que le podría haber pasado a la mithanna si hubiera caído en manos de alguno de sus paisanos. Gagoruza cuidó de ella. Y Siraynn podía ser muchas cosas, pero desde luego no era una desagradecida. Desde ese momento se convirtieron uno en la sombra del otro.

Un viejo refrán local dice que una moneda atrae a otras del mismo metal. Quizá por eso, el destino de Sorol y el ysenio se cruzó con el de la mujer y la enorme criatura.

La lluvia arreciaba. El viento se colaba por entre los numerosos recovecos de las ruinas, imitando la voz de falsas ánimas. Una vaharada del fuerte olor de Gagoruza, que estaba vigilando la calle, llegó a Damaréda. Se arrebujó en sus ropas, no quería pensar en el tiempo que tendría que dedicarle al día siguiente a las partes metálicas de su ligera armadura para que no se oxidase. El tiempo pasaba y aquéllos a los que estaban esperando no llegaban. El ysenio comenzaba a intranquilizarse.

- Se acerca alguien –dijo Siraynn con los ojos cerrados – Tres personas. Todos hombres.
- ¿Por dónde?

- Por...detrás de nosotros...¡También están en las ruinas! – contestó sorprendida la mitthana.

Sorol miró rápidamente a Damaréda, mientras se colocaba a su lado. A ninguno de los dos le gustaba aquello. Gagoruza también se puso alerta, haciendo el menor ruido posible con sus cuatro patas mientras vigilaba entre las ruinas. El ylmery no hablaba ningún lenguaje humano, pero entendía lo suficiente del ysenio como para captar la situación. De pronto, tres hombres ataviados con ropas oscuras, parecieron surgir de la pared. Llevaban máscaras grotescas que les tapaban la mayor parte de la cara. Portaban sus armas a la vista, envainadas. Su actitud, aunque aparentemente tranquila, delataba tensión.

- ¿Eres tú Damaréda? – preguntó el más corpulento de los recién llegados. Cuando éste asintió, prosiguió. – Dile a tu bruja que deje de sondear mi mente, si no quiere sufrir las consecuencias. Ahora, seguidme. Mi jefe quiere hablar con vosotros antes de realizar la entrega.

- No – contestó el ysenio, mostrando una calma que no sentía. – Realizaréis la entrega aquí, como el que os paga acordó con Igasáda. Sintió dos dedos de Sorol clavados en su antebrazo: la señal indicando que había visto algo moverse en las ruinas. Empezó a pensar si aquello no sería algún tipo de trampa.

- Si quieres lo que has venido a buscar, tendrás que seguirme. Mi jefe no es alguien al que se le pueda contrariar, te lo aseguro. Hagamos esto rápido. No tenemos todo el día.

Una extraña vibración recorrió el cuerpo de Damaréda. Ya lo había sentido antes: era el modo de comunicarse de los ylmerys. La voz de Siraynn, la única capaz de interpretar a Gagoruza, sonó en la mente del ysenio. *“Nos están rodeando otros siete. Según nuestro enorme amigo huelen como humanos. Creo que nos han tendido una trampa”*. De pronto, se oyeron una par de ruidos secos. Gagoruza barritó. La mitthana emitió un gemido seco. Sorol no perdió el tiempo y arrojó dos puñales a los hombres que tenían enfrente, antes de darse la vuelta e ir a ayudar a sus compañeros. Murieron antes de tocar el suelo. Damaréda desenfundó su espada y se enzarzó con el sicario que les había hablado. Una flecha pasó rozándole y chocó contra piedra. Su adversario se movía con fluidez pese a su corpulencia, y en un principio no pudo hacer otra cosa que no fuera detener sus golpes. El arquero no tardaría en acercarse, y el ysenio no creía que pudiera enfrentarse a los dos. Ejecutó un golpe lateral, fintando en el último momento. El sicario no pudo esquivarlo, y comenzó a manar sangre de su hombro derecho.

- ¡Tenemos que huir! – gritó Sorol. – La mitthana está herida, pero dice que se están acercando más.

Damaréda paró una estocada, y lanzó una patada que provocó que su adversario cayera. No se levantó, pero él no se detuvo a rematarle y se dirigió hacia sus compañeros. Gagoruza mantenía a raya a cuatro hombres, moviendo su enorme almádena en grandes giros, pero estaba sangrando por numerosas heridas, y no tardaría en debilitarse. Había dos cuerpos a sus pies. Sorol cargaba con Siraynn.

- Aquí cerca hay una entrada a las alcantarillas – dijo en cuanto el ysenio se acercó. – Habrán apostado a alguien en las calles. Tenemos que huir por ahí.

- ¿Y el ylmery?

- Retendrá a los que pueda y nos dará tiempo. Se lo dijo a la mitthana. ¡Vámonos! – dijo mientras comenzaba a correr. Parecía como si cargar con la mujer no le incomodara en absoluto. Damaréda apenas podía mantener su ritmo. No miró atrás.

Encontraron la entrada a las cloacas. Se internaron en un túnel de piedra, cuyo hedor resultaba indescriptible. Unos metros más adelante, cuando la oscuridad era absoluta, se detuvieron para preparar algo con lo que alumbrarse. Sería muy peligroso perderse por el laberinto en que se habían convertido las alcantarillas a lo largo de los siglos. Muchos habían muerto allí de hambre, perdidos. O de modos aún peores. La manga izquierda del traje de Siraynn, que aún seguía inconsciente, estaba empapada de sangre. Había que extraerle la

flecha que estaba profundamente clavada en su hombro, pero ninguno de ellos sabía como hacerlo.

- Si sigue sangrando así, no aguantará mucho – le dijo a Sorol. Éste asintió. Rasgó un trozo de tela del traje de la mitthana, rodeó con él su hombro por encima de la herida y lo anudó con fuerza. Era una solución provisional, ambos lo sabían. Si no encontraban algún curandero o un clérigo, Siraynn perdería el brazo. Mejor eso, que la vida.

Improvisaron una antorcha, con jirones de tela, el mango de la pequeña maza de la mujer, y licor de la petaca del ysenio. Ahora fue Damaréda el que cargó con la mujer herida, mientras Sorol llevaba la luz por delante de ellos. Aquel no era su territorio, no lo conocían en absoluto. Estaban alertas, atentos a todos los sonidos. Llegaron a una cámara redonda donde convergían varios canales. El hedor era muy fuerte. Siguieron de frente.

El taurgalés inspeccionaba de cuando en cuando las paredes, buscando las pequeñas marcas que otros antes que ellos habían dejado como indicaciones. Encontró algunas, pero no las entendía. Llegaron a otra cámara circular similar a la anterior. Aunque seguían sin saber donde se encontraban, decidieron seguir hacia delante. Pese a que la mujer era de constitución ligera, Damaréda ya comenzaba a notar el cansancio. Se detuvieron unos momentos. No se escuchaba ningún ruido por donde ellos habían venido. Sorol inspeccionó el área. Entre montones de basura descubrió huellas de varias ratas saltadoras. Eran una de las alimañas más peligrosas que uno podía encontrarse allí: masas de pelo del tamaño de un gato con un espolón que le surgía de la espalda, y unas patas tremendamente fuertes que les permitían saltar hasta la altura del pecho de un hombre. Una era peligrosa. Una familia de ellas, mortal. Se pusieron rápidamente en marcha. No querían encontrarse con esos monstruos si podían evitarlo.

Unos metros más adelante, varias criaturas surgieron de pronto del canal por el que estaban huyendo. Nidanyira. Medio metro de músculo y locura. Su piel grisácea estaba decorada con pinturas, huesos y basura. Miraban a los humanos con sus ojos saltones, las grandes bocas abiertas mostrando sus afilados dientes. Portaban armas toscas pero de aspecto aterrador. Nadie se movía. Había cuatro por cada uno de los humanos. El ysenio no se hacía ilusiones. Si los nidanyira querían pelea, sus posibilidades eran escasas. Uno de ellos, más grande y con más adornos que los demás, se acercó a él despreocupadamente, como si el humano no tuviera tres veces su tamaño.

- Sí, sois vosotros – farfulló más que habló, ya que el aire se escapaba a través de los huecos entre sus dientes. – Me han pagado muy bien, sí, por daros muerte. Sí. Pero yo tengo que preocuparme por mi tribu, sí – continuó mientras hacía con su brazo un gesto que abarcaba al resto de los nidanyira. – Si me ofrecéis algo valioso, os dejaré marchar, sí. Os advierto que tiene que ser muy, muy valioso. Me han pagado bien, sí. Tendréis que superarlo, sí.

¿Algo de valor? Ninguno de ellos llevaba mucho encima, aparte de las armas. Rebuscó entre sus ropas, pero todo lo que mostró a la criatura no consiguió despertar interés. De pronto vio un medallón que colgaba del cuello de Siraynn. Nunca se había fijado en él hasta ahora. ¿Cómo se le podía haber escapado algo así? Parecía caro. Puede que fuera el regalo de algún amante. No le gustaba la idea de darle a nadie algo tan valioso, pero le gustaba mucho menos la idea de que le degollaran. En cuanto le mostró la joya al nidanyira, éste se acercó rápidamente y se lo arrebató de las manos. Farfulló algunas frases de aprobación, emitió un gemido espeluznante y se dio la vuelta, seguido por el resto de sus congéneres. Sorol y el ysenio se miraron. Esta vez había estado muy cerca. El taurgalés miró significativamente al cuello de la mujer. Él tampoco se había fijado en el medallón hasta ahora. Raro. Damaréda se encogió de hombros. No tenían tiempo para aquéello, ya se preocuparían de descubrir la verdad cuando llegaran a un lugar seguro. Si llegaban. Siraynn tendría que responder a algunas preguntas en cuanto se recobrase. Y más gente. ¿Quién les había traicionado? ¿Por qué? Con una maldición, volvió a cargar a la mitthana en hombros y comenzó a andar. Sorol echó algo más del licor de su petaca en la antorcha y se adelantó un par de metros. No querían más sorpresas.

- ¿Así que tus sicarios no han sido capaces de acabar con ellos? –dijo un hombre ataviado con ricos ropajes. – Me siento decepcionado, muy decepcionado. Te pagué mucho por esto – su voz se volvía cada vez más inquietante. – Dijiste que era un trabajo fácil...

- Yo no sabía...

- Cállate. No vuelvas a interrumpirme. Para mí, no eres nada. Yo no debo ensuciarme las manos, tengo una dignidad que mantener. Me recomendaron que acudiera a ti –el hombre de ricos ropajes hizo un gesto displicente con la mano. – No me volveré a fiar de quien me aconsejó.

Miró a aquella escoria con desdén. Tenía inteligencia pero no carisma. ¿Cómo demonios había convencido a sus hombres para que le siguieran? El escondite era bueno. Pocos se atreverían a vivir en los sótanos de las ruinas de una catedral de Yddur, con todas las historias que corrían. Pero le había fallado. Eso era algo que un Tegaldéra no permitía. Miró a su mentalista personal, que esperaba respetuosamente a su espalda, e inclinó levemente la cabeza. Los dos sicarios que estaban detrás del ladrón se llevaron las manos al pecho, mientras boqueaban tratando de respirar. En pocos segundos, habían muerto. Su jefe mantuvo la compostura. Al menos, era valiente.

- Si dentro de dos días no recibo una prueba de la muerte de la mitthana y sus compañeros, serás tú el que no volverá a respirar –dijo con una sonrisa. – A mi querido Tlelgâvel –continuó, mientras tocaba con afecto el brazo del mentalista- le encanta mantener con vida a sus víctimas el mayor tiempo posible. Una vez consiguió que el desdichado aguantara durante un mes. Me gusta la gente que ama su trabajo – su expresión cambió y se volvió dura y arrogante. – Dos días. ¡Ah, se me olvidaba! Contigo podría hacer una excepción. ¿Sabes cuánto tiempo puede aguantar alguien el dolor si es curado cada poco por un clérigo? – Diciendo esto, se dio la vuelta y se marchó. Tlelgâvel se quedó mirando al ladrón un poco más, con una sonrisa sádica pintada en el rostro.

- Nada me gustaría más que no cumplieras tu misión – dijo. – Te veré dentro de dos días.

El asesino se quedó sólo, conteniendo su rabia, ajeno a los dos cadáveres que tenía a su espalda. Pero, ¿quién se creía que era aquel estirado de mierda? Un advenedizo, un pueblerino que había tenido suerte... Acabaría con la mitthana, pero por orgullo. Ya había ordenado que mataran a Egalva, por no haber sido capaz de acabar con unos estúpidos que se habían metido en una trampa. ¿Tenía que encargarse él de todo? Cinco, no, siete de sus hombres habían caído esa noche para nada. Su reputación había quedado dañada. Eso significaba menos trabajo y menos monedas en sus arcas. Alguien tendría que pagar por su desgracia. Sí. Él mataría personalmente a la mitthana y sus compañeros. Y al nidanyira traidor que les había dejado escapar. Sonrió. Se acordó de que los pocos de los suyos que habían sobrevivido habían conseguido reducir al ylmary, y lo habían encerrado en una de las antiguas sacristías, que ahora utilizaban como mazmorras. Disfrutaría matándolo. La idea comenzó a excitarle. Quizá aquello no acabara tan mal, después de todo.